



El Génesis, con lenguaje gráfico, narra la creación como un trabajo divino, hasta llegar al hombre. Y entonces aparece la grandeza del trabajo: como llamada al hombre, para que colabore con Dios, en su Amor-providente de cuanto ha creado

De nuevo vemos ensombrecida la Fiesta del 1 de Mayo, por los miles de empleos desaparecidos con la pandemia. El contraste entre la alegría de festejar algo gozoso, y la pena de verlo hoy tan malparado, prueba su vital importancia. Recuerdo, siendo pequeño, el comentario de muchos que iban a pagar a mi padre la “igualada médica”, germen del actual seguro de enfermedad; decían: “Bueno, lo importante es que Dios nos dé salud y trabajo”.

Urge recuperar tantísimas pérdidas de empleo, pero como no deben enfrentarse lo urgente y lo importante, recordaré algunos aspectos que confieren al trabajo su máxima dignidad; son tan radicales que tocan lo religioso. ¡Vaya, “con lo religioso hemos topado”! cabría pensar, remedando torpemente a **Cervantes**. Pero así es porque, del mismo modo que no se entendería la razón de ser de un árbol sin sus raíces, ni la de un invento sin conocer el *por qué* y *para qué* de quien lo ha ingeniado, tampoco el sentido del trabajo si ignorásemos *Quién* y *por qué* lo ha querido consustancial al hombre. Haré consideraciones de corte teológico, formuladas desde la fe cristiana, pero abiertas a todos.

Para ir a los fundamentos nos ayudará la pregunta graciosa de un niño: *Oye, papá, ¿qué hace Dios cuando termina de trabajar?* Ignoro la respuesta del padre y qué pasaría por la mente del crío para tal

ocurrencia; pero a mí me hizo pensar, y a una persona mayor le respondería en estos términos: Mira, Dios nunca deja de trabajar, porque lo que nosotros entendemos por trabajar, para Dios es propiamente “amar” y Él siempre ama. En otras palabras: en la vida de las Tres personas divinas, solo se ama y, en rigor, no se trabaja. Trataré de explicarme.

Lo que nosotros entendemos por “trabajar”, en Dios se identifica y es lo mismo que *amar*, porque *Dios es amor* (I Jn 4, 7). No trabaja como lo hacemos nosotros, ni lo hace en el sentido que damos al trabajo: como actividad que tiende a transformar algo y crear riqueza, sea material, intelectual, etc. Dios no tiene semejante necesidad; y lo que le movió a crear fue el deseo de comunicar fuera de su vida íntima, lo mejor que ellos hacían eternamente: *amar, amarse*, como Personas distintas en el Único Dios. Así lo dice **santo Tomás de Aquino** y recoge el *Catecismo*: de Dios, “abierta su mano con la llave del amor surgieron las criaturas” (CIC, n. 293)

Por eso, para toda persona son vitales las realidades del trabajo y del amor, entendido este último en sentido aristotélico: como aquello que nos hace querer para otros lo que es bueno para uno mismo, y nos lleva a hacerles partícipes de ello. Así piensan y aman los padres. En el fondo, “imitan” a Dios cuando al dar vida al primer hombre, como varón y mujer -iguales en dignidad, diversos en su complementariedad-, les asignó una tarea: la misma que Dios, al crearlos y antes de hacerlo, había realizado desde la eternidad: la de *amar*.

El Génesis, con lenguaje gráfico, narra la creación como un trabajo divino, hasta llegar al hombre. Y entonces aparece la grandeza del trabajo: como llamada al hombre, para que colabore con Dios, en su Amor-providente de cuanto ha creado. Propiamente no lo crea para trabajar, sin más; sino para que ame cuando trabaja -como hizo Dios al crearlo-, y para que trabaje amando lo creado, como hace Dios con su Providencia. Por su claridad, vale la pena transcribir este punto del *Catecismo de la Iglesia*:

“Signo de la familiaridad (del hombre) con Dios es el hecho de que Dios lo coloca en el jardín (cf. Gn 2,8). Vive allí ‘para cultivar la tierra y guardarla’ (Gn 2,15): el trabajo no le es penoso (cf. Gn 3,17-19), sino que es la colaboración del hombre y de la mujer con Dios en el perfeccionamiento de la creación visible” (CIC, n. 378). Y así han ido surgiendo la infinidad de trabajos que conocemos.

El papa **Francisco** lo ha recordado: “La persona que trabaja, cualquiera que sea su tarea, colabora con Dios mismo, se convierte un poco en creador del mundo que nos rodea” (*Con corazón de padre*, n. 6). Y **san Josemaría** ensalza el trabajo en estos términos: “Conviene no olvidar,

por tanto, que esta dignidad del trabajo está fundada en el Amor. El gran privilegio del hombre es poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio (...). Por eso (...) no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos. El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor” (*Es Cristo que pasa*, n. 48).

Quedó máximamente enaltecido cuando Cristo mismo lo asumió: “El Hijo de Dios... trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre.” (*Catecismo*, n. 470). Trabajó junto a san “José obrero” cuya fiesta celebra la Iglesia el primero de Mayo: “un carpintero que trabajaba honestamente (...). De él, Jesús aprendió el valor, la dignidad y la alegría de lo que significa comer el pan que es fruto del propio trabajo.” (Francisco, *Con corazón de padre*, n. 6).

Desearía que las consideraciones expuestas no sonaran a “músicas celestiales”, sino que fuesen un acicate más para empeñarnos en resolver la desgracia humana y espiritual que supone carecer de trabajo. El papa Francisco lo ha expresado así: “La crisis de nuestro tiempo, que es económica, social, cultural y espiritual, puede representar para todos una llamada a redescubrir el significado, la importancia y la necesidad del trabajo para dar lugar a una nueva ‘normalidad’ en la que nadie quede excluido. (...) La pérdida de trabajo que afecta a tantos (...), debe ser una llamada a revisar nuestras prioridades” (*Con corazón de padre*, n. 6). En esta tarea, cada uno tratará de poner su granito de arena según sus posibilidades.

Agradezco al lector su paciencia por haber llegado hasta aquí. Si desea ponerla a prueba de nuevo, anímese a leer un próximo artículo que bien podría titularse algo así: “Fiesta del trabajo: cuando Dios trabajó con manos de hombre”.

José Antonio García-Prieto Segura, en
religion.elconfidencialdigital.com